

CUPIDO
←VA A→
TERAPIA.↓



Cupido va a terapia.

Primero, pensé que estaba trabajando demasiado. El estrés puede provocar alucinaciones. También consideré la posibilidad de una relación de transferencia con ese paciente al que persiguen unos extraterrestres, vaya donde vaya...

Examiné mi café por si olía raro. ¿Alguna droga? Me froté varias veces los ojos hasta que la pintura me dejó manchas negras, dándome un aspecto aún más desquiciado.

Eso es. La psiquiatra está loca.

Estoy loca. Como una cabra.

No estoy viendo a un niño gordito y sonrosado. No.

No tiene alas ni lleva arco y flechas. Tampoco es posible que tenga los ojos vendados o que vuela. Me lo estoy imaginando. No es real. No es real.

Cierro la puerta con una fuerza inusual. Oigo un golpe y una exclamación:

—¡Joder!

¿Quién dice «Joder»? ¿También tengo alucinaciones auditivas?

Suena el timbre de la puerta. Decido no abrir. Ya es tarde, no espero visitas y... veo niños alados volando. Mejor dejarlo por hoy.

El timbre resuena en la consulta. Ahora, insistentemente.

Oigo la voz del «¡Joder!», y un extraño *flop-flop* que me desconcierta aún más.

—Por favor, doctora, ábrame. Sé que está ahí. Me acaba de cerrar la puerta en las narices.

Me acerco a la mirilla. ¡Dios! ¡Qué susto! Un ojo azul me mira fijamente. *Flop-flop*.

—Por favor, por favor, por fáááá...

La voz suena infantil. Me enterece. Lo noto. Me dejo llevar por el impulso y abro la puerta.

El niño que creí ver antes entra volando a mi consulta. A pesar de la venda en los ojos, esquiva con destreza la columna de la sala de espera. Se posa en el respaldo del diván donde atiendo a mis pacientes. Se cuelga el arco y las flechas en la espalda y me mira con dulzura.

—No me puedo estirar. Es por las alas, ¿sabe? Me quedaré aquí, en el respaldo. ¿No le importa, verdad? Necesito su ayuda con urgencia. Se acerca el 14 de febrero y estoy incapacitado para afrontar la jornada. Estoy traumatizado. Muy traumatizado, doctora.

El niño-que-vuela habla y yo no soy capaz de responderle. No me sale ni una palabra. ¿Vuela? ¿De verdad vuela? ¿Tiene alas? ¿Es...? ¿Cupido?

Me acerco despacio y con un dedo toco una de esas piernas rechonchas. Da un respingo y sonríe.

—¿Aún no se lo cree, verdad? Toque, toque. Toque las plumas de mis alas, doctora.

Y lo hago. Son increíblemente suaves.

Las mueve con gracia. *Flop-flop*.

—No tenemos demasiado tiempo. El viernes 14, es el límite. Ayúdeme, por favor.

No sé por qué, pero me siento en la butaca junto al diván. Alzo la vista y miro al niño-que-vuela-que-parece-ser-Cupido.

—Dime, ¿cómo te llamas?

—Cupido. Pero eso ya lo sabía.

Me temía esa respuesta. Ahora sí que tengo un poco de miedo, pero... mueve sus alas

—*flop-flop*— y se acomoda en el diván. Ese *flop-flop* ejerce un efecto calmante en mí.

—Pues dime, Cupido, ¿por qué has venido a consulta?

Miro al niño, sentado en el respaldo del diván, y aún no me lo creo. ¿Cupido? ¡Venga!

¡No me fastidies! Sin embargo... Las alas son reales. Y el niño voló por la consulta hasta llegar al diván. Esto es así.

O no, claro. Tal vez estoy hablando con una alucinación. Decido probarlo. Le lanzo el bolígrafo y la libretita que cogí automáticamente al sentarme para iniciar la sesión.

No tengo puntería con el bolígrafo, pero la libreta le da de lleno en la cara. Primero frunce el ceño, después rompe a llorar desconsoladamente.

—Errr... perdona, Cupido. Solo quería confirmar que eras real. No quería hacerte daño. Perdona, por favor.

Parece entenderme. Menos mal... No debo olvidar que el niño vuela. Y es... Cupido. Nada. No me lo creo.

Retomo la sesión con una sonrisa trémula. Estoy acojonada.

—A ver, ¿qué te pasa?

—¿Por dónde empiezo, doctora?

Mueve las alitas. *Flop-flop*.

—¿Qué le parece mi infancia? ¿No se empieza siempre así?

—Bueno, depende del caso. Pero en el tuyo... Empieza por donde quieras.

—Soy Cupido, también llamado Amor en la poesía latina. Vengo de la mitología romana y soy el dios del deseo amoroso. Mi madre es Venus, diosa del amor, la belleza y la fertilidad. Mi padre es Marte, dios de la guerra. Y... no soy un niño con alas.

¡Joder!

—¿Qué quieres decir con que no eres un niño?

—Crecí y me trabajé el cuerpo. Soy un tío bueno, como decís ahora. Además, me enrollé con Psique, una belleza. Ella ha sido el amor de mi vida, aunque sé que no la volveré a ver jamás.

—Psique es un nombre hermoso, Cupido. ¿Por qué no la verás nunca más?

—Hace siglos os dio por decorar con los *puti* y me cambiaron la imagen. Mi identidad. Tanto *puti*, tanto *puti*... Me convirtieron en este niño que ves. ¿Cree que Psique querría algo conmigo? Míreme bien, doctora.

—Nunca había oído hablar de los *puti*. ¿Qué son?

Me recita la definición de Wikipedia:

«»Los puti (plural de puto en italiano) son motivos ornamentales consistentes en figuras de niños, frecuentemente desnudos y alados, en forma de querubín o amorcillo. Abundantes en el Renacimiento y Barroco italiano y español, forman parte de los motivos clásicos de la época.«».

—No sé cómo podríamos arreglar eso, Cupido. No te imagino con cuerpo de adulto.

—Ni usted ni nadie. Además, los humanos me lo están poniendo cada vez más difícil. El sacrificio de vivir en este cuerpo de niño rechoncho, con los ojos tapados, me está sirviendo de poco.

Hace una pausa dramática y prosigue:

—Le pondré un ejemplo de algo muy grave: el «amor a primera vista» va a desaparecer por el auge del «amor virtual». La gente se enamora por chat y mensajitos sin haberse visto nunca. ¿Cómo es eso posible? ¿Y el «amor a primera vista», qué? ¿Cómo voy a lanzar mis flechas en ese mundo 2.0? Nadie ha pensado en eso...

Me doy cuenta de que esto va a ser largo y difícil. Tengo delante de mí a Cupido con una grave crisis de identidad, la autoestima por los suelos, el corazón roto y, además, con una perspectiva profesional muy complicada.

Se deja llevar por una taquilalia y habla sin cesar. Que el amor no es ciego, que no es eterno, que sí la dopamina, que sí la oxitocina, que sí los movimientos peristálticos intestinales, que sí el cerebro... Me está agotando.

Ahora se pone a llorar. Como un niño.

—¿Qué tal si quedamos mañana a la misma hora y seguimos la terapia?

Oigo el *flop-flop* y Cupido ha desaparecido.

Creería que todo esto es una crisis alucinógena aguda, pero... una pluma blanca se desliza suavemente por el aire, pasa frente a mi nariz y cae sobre mi falda.

Estornudo. Las plumas me dan alergia.

Al día siguiente, me descubro como el ser más tonto del planeta: estoy esperando a mi próximo paciente. Cupido.

He dormido bien y me siento más serena, pero admito que algo no anda bien. Es posible que sí esté loca... Lo primero que vi esta mañana fue la pluma sobre la mesita. Medio dormida, mi reacción fue creer en Cupido. Y aquí estoy, esperándolo.

Suena el timbre. *Flop-flop.*

Sonrío. Al final, no voy a estar tan mal.

Abro la puerta y el niño rechoncho, con los ojos vendados, entra dando tumbos. Ayer me pareció más ágil, más armónico... Uf. Casi choca contra la columna. Sobrevuela mi despacho y esta vez elige un hueco entre los libros de la estantería. Las alas hacen un último *flop-flop* antes de acomodarse.

—No se lo va a creer, doctora. Acabo de chocar contra un dron. Maldita moda y maldita tecnología. Ahora que ya esquivo a las palomas con facilidad, aparecen los drones... Me voy a quedar aquí. Ayer, ese respaldo me dejó el culo hecho polvo.

Cojo mi libreta, mi bolígrafo y mi iPad, que he puesto en modo de video y está grabándolo todo. Me siento menos loca si tengo pruebas.

Cupido empieza su monólogo. No me hace caso. Solo quiere hablar.

Se siente un hombre atrapado en el cuerpo de un niño. Ha perdido el amor de su vida. Está condenado a vagar por la Tierra como un ángel gordito, ciego y violento (disparar flechas no es precisamente pacífico). Además, teme que las nuevas tecnologías lo desplacen hasta convertirlo en un personaje inútil.

—Yo creo que el amor nunca morirá. Moriremos los humanos, pero no el amor. Sobrevive a todo. Está presente en diferentes formas y tiempos. Siempre tendrás tu papel, Cupido.

Me sale la vena romántico-filosófica.

No lo convenzo.

—El 14 de febrero se celebra San Valentín. ¡San Valentín! No el Día de Cupido. No. Me usan solo como ícono y cuando les conviene. Todos están por San Valentín. Eso es intrusismo profesional. Y grave. Yo soy hijo de dioses romanos. San Valentín, en cambio, es un farsante.

—¿Farsante?

Esto se pone interesante.

Cupido, rechoncho y alado, se siente amenazado por un mártir de la Iglesia. ¿Manía persecutoria? Lo apunto en mi libreta.

—Sí. Un farsante. Todo es culpa del Papa Gelasio I. Ese nombre no lo olvidaré jamás...

Las alitas se mueven rápidamente. *Flop-flop, flop-flop.*

—Gelasio I diseñó un plan de marketing en el año 498 y se inventó a San Valentín. Y digo, «inventó» porque en 1969 la Iglesia eliminó su celebración del calendario litúrgico por falta de pruebas sobre su existencia. Una leyenda. ¡Un golpe maestro de posicionamiento de marca!

Respira hondo. Sus alas tiemblan.

—En el año 498, ¿qué mejor manera de eliminar la Fiesta de las Lupercales —pagana y anticristiana— que forjar la historia de un mártir ligado al amor? Así nació San

Valentín. Según la leyenda, lo mataron por casar cristianos en secreto, desafiando a Claudio II. Devolvió la vista a la hija de su carcelero y... ¡Bam! Santo. Mártir. Leyenda.

Toma aire. Se ajusta la venda y sigue.

—Luego vinieron los americanos. En 1840, Esther A. Howland le dio el toque comercial. ¿Amor? ¿Día del amor? ¡Pues vendemos tarjetas! Y ahí nació el *Valentine's Day*. Desde entonces, todos se intercambian cupidos, corazones y «I love you». Me usan como adorno, incluso se disfrazan de mí, pero todos celebran San Valentín. No *Cupido's Day*.

—No sabía nada de Gelasio I —reconozco—, pero tu figura es atemporal. Cupido actúa 365 días al año. San Valentín es solo un día.

Se queda pensativo. *Flop-flop.*

Miro el reloj. Se ha acabado el tiempo.

—Cupido, nuestra sesión ha terminado. ¿Mañana a la misma hora?

Asiente.

—¿Podrías salir volando por la ventana? El paciente en la sala de espera cree que lo persiguen extraterrestres y no quiero que... empeore.

—No hay problema. Hasta mañana, doctora.

Abre la ventana y desaparece en el cielo.

Veo el iPad. Le doy al *play*.

El iPad tiene cincuenta minutos de grabación. Veo mi despacho. Mi silueta de espaldas. Un buen plano del diván y la estantería.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Solo se escucha mi voz.

Haciendo preguntas.

A una pared.

En el hueco donde estaba sentado Cupido... no hay nada.

Nada de nada.

El iPad se me cae de las manos.

Definitivo.

Estoy como una cabra.

Aún aturdida, algo llama mi atención. Encima de un libro hay algo.

Una pluma blanca.

La tomo y estornudo.

La guardo en el cajón del escritorio junto con la otra. Ahora tengo dos plumas de Cupido. ¿Sirven como prueba?

Quiero recordar sus palabras.

»El amor virtual nos desconcierta. Los cerebros, los corazones...»

Me molesta. Yo fui una de esas personas que se enamoró de un *nick*, de una foto, de una forma de escribir. Salió mal. Nada era lo que parecía. Pero... tal vez Cupido no pudo lanzar sus flechas a través de la fibra óptica.

Miro las dos plumas en el cajón.

Son lo único que me queda para no perder la cordura.

Pero su voz sigue en mi cabeza.

»El amor no es eterno.»

Esa afirmación me inquieta.

Hace días atiendo a una viuda incapaz de superar una historia de amor que duró más de cincuenta años. Solo terminó con la muerte de su esposo. O tal vez ni siquiera terminó.

El próximo día le preguntaré a Cupido por esto.

Me sorprende su visión matemática del amor.

Biología.

Química.

Termodinámica.

«Si un cuerpo deja de recibir calor, se enfriá. El amor es igual. «Necesita un aporte externo de energía.»*

Dice que lo de las flechas es una patraña. Que no lo divulgue. Se queda sin trabajo.

—Crear amor no es difícil. En los inicios, la biología y la química del cerebro nos ayudan. En los primeros meses de enamoramiento, hay un aumento de cortisol. Eso provoca ansiedad, sudoración, taquicardia... lo que los humanos llaman «mariposas en el estómago».

Explica que el cerebro activa regiones de placer y apaga las de juicio crítico.

—Por eso «el amor es ciego». Por eso llevo la venda.

Me queda clara su teoría: el amor se calienta, pero si no recibe energía, se enfriá.

Y mantener el fuego requiere esfuerzo.

Palabra incómoda cuando se habla de amor.

No puedo ayudar a Cupido.

Es un hombre atrapado en el cuerpo de un niño, víctima del desamor, insatisfecho laboralmente, relegado a un simple ícono.

Y lo peor... no cree en el amor.

Si soy coherente con mi profesión, debo recomendarle una baja laboral indefinida.

Este 14 de febrero, San Valentín tendrá que arreglárselas solo.

Esperé la siguiente sesión con nervios. No era fácil decirle a Cupido que debía tomarse un descanso, y menos en vísperas de San Valentín.

Su reacción me desconcertó.

Lanzó las flechas y el arco a un rincón de la habitación. Luego, se quitó la venda y la hizo girar en el aire.

—¡Yujuuu! ¡Alegría, mucha alegría!

Con una euforia extraña, voló hasta situarse a la altura de mis ojos. Sus alitas batían rápido. *Flop-flop-flop-flop.*

—¿Puede hacerme el parte de baja? Quiero tramitarlo hoy mismo. Me iré unos días al Olimpo a ver a los griegos y, si me siento preparado, visitaré el Panteón para ver a mis padres. Me encantará ver la cara de San Valentín cuando sepa que lo dejo solo con los humanos...

Le extendí la baja laboral. Casi me puse a llorar al escribir «Cupido» en la casilla del paciente.

Sentía su mirada ansiosa. Me arrebató el papel de las manos y salió volando.

—Gracias, doctora. Nunca la olvidar...

;Crash!

No calculó bien la distancia.

Volaba mejor con los ojos vendados.

Por mirarme, chocó contra la pared del edificio de enfrente. El cemento se resquebrajó alrededor de la figura de un querubín. Se quedó ahí, empotrado.

El sonido de sus alas se debilitó. *Flop-flop... flop...*

Y después, nada.

No sabía si todo aquello era real, así que no sentí mucha pena. La verdad, nunca me gustó Cupido. Siempre me pareció peligroso dejar a un niño en pañales volar por ahí con un arco y flechas, sin supervisión adulta.

Desde la ventana, vi caer su parte de baja. Unos chavales lo recogieron y se echaron a reír. Lo entendí.

El parte de baja de Cupido. Tenía su gracia.

Al día siguiente, 14 de febrero, Día de los Enamorados, Día de San Valentín y Día del Amor (en general), yo sabía que Cupido nos había dejado.

Abrí mi correo y vi el viral del día.

Era una imagen del documento que firmé. Alguien lo escaneó y escribió arriba: ** !
WARNING ! **

No sé cómo ocurrió, pero en lugar de ser un meme gracioso, cundió el pánico. Ni biología, ni química, ni termodinámica. Pánico total.

Se reblogueó. Se retuiteó. Apareció en muros de Facebook, en periódicos serios, en tertulias de radio y televisión.

«¡Cupido está de baja!» ¡No habrá más flechazos! ¡Se acabaron los enamoramientos!

Algunos se alegraron. Otros entraron en depresión.

El teléfono de mi consulta no dejó de sonar.

Mi nombre estaba en el documento y todos querían hablar conmigo. Periodistas. Pacientes desesperados en busca del amor. Influencers teorizando sobre la crisis amorosa global. Políticos debatiendo sobre la «crisis del romance». El Vaticano dando declaraciones sobre la «importancia de la fe en el amor verdadero».

Después de atender llamadas toda la mañana, cerré mi despacho.

Estaba agotada.

En un rincón, el arco y las flechas de Cupido. Encima del diván, la venda que cubría sus ojos.

Entonces, lo vi claro.

Fue un impulso.

O una locura.

Me colgué el arco y las flechas. Me até la venda sobre los ojos.

Y entonces...

Flop-flop, flop-flop...

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Mi piel se erizó. Algo creció en mi espalda.

Me miré al espejo. Tenía alas y mi cabello era rizado, de un precioso color rubio.

Era lo único pasable de mi transformación a... ¿Cupida?

Los primeros intentos de volar y disparar flechas fueron desastrosos.

Espero que los afectados me sepan disculpar.

Si herí un ojo, un testículo o un par de culos, fue sin querer.

San Valentín me aseguró que la flecha no tiene que dar en el corazón. Con que impacte, ya es suficiente.

Parece que la calma ha vuelto. Este 14 de febrero se celebra con normalidad.

Algunas personas me han visto. No todas pueden hacerlo.

Sé que algunos se han quedado en estado catatónico. Lo comprendo.

Mi única prenda de vestir es un pañal.

Necesito encontrar una túnica. O algo similar.

Si hoy alguien me encuentra y quiere recibir su flecha, le pido un poco de colaboración. Soy solo una sustituta temporal. Y en prácticas.

Si ves que voy a disparar, por favor, manténte quieto.

Extiende los brazos y las piernas en forma de cruz.

Mantén el torso erguido.

Y, sobre todo, no te muevas.